

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 28 de Enero de 1897

Núm. 323

AUTORES CÓMICOS



Miguel Ramos Carrión

Palique

El señor Moret es un estuche; sirve para todo. Ahora resulta, según Bremón, el *inveterado* Bremón, que el Ateneo de Madrid celebró el centenario de Bretón de los Herreros, «con una de esas improvisaciones brillantes de don Segismundo Moret, que siempre se aplauden, y con una lectura de sus poesías».

Y yo no sabía que Moret era poeta.

Y puede ser que no lo sea, y que todo ello se reduzca á que Moret no sabe escribir en verso... ni Bremón en prosa.

* * *

Bremón, filósofo: ¿por qué no reconocer que puede haber en los fenómenos naturales reminiscencias y recuerdos de lo pasado?

Pero, hijo, si eso lo *reconoce* cualquiera, v. gr. el que *reconoce*. Los fenómenos de la memoria son naturales; y son eso, recuerdos de lo pasado.

Lo que no se puede reconocer, es el recuerdo de lo que no ha pasado.

Sin embargo, no hay que abusar de nada; ni de los fenómenos naturales del recuerdo. Y obligarnos á recordar cuando nacieron Asmodeo y Bremón, es exigir demasiado de la pre-historia.

* * *

Bremón, fino y pulido: Habla de un libro titulado *La Cría del Cerdo*, y dice que va á recomendarlo en Nueva York á las nodrizas.

Comprendida la gracia; pero, ¿por qué reduce Bremón á Nueva York sus insultos patrióticos?

Que llame cerdos á todos los norteamericanos. El peligro es el mismo.

Cero.

* * *

Oiga Bremón lo que le puede enseñar á él, escritor español, una nodriza norteamericana que cría un niño español en Nueva York:

«No se puede decir, como Bremón dice: «á esos niños *los* tengo miedo. Hay que decir *les*. *Los* es acusativo, y ahí hace falta el dativo *les*. En singular, *le* sirve para dativo y acusativo, tratándose de persona, y *lo* para acusativo solo. En plural, *les* es dativo nada más.» Pero esto se estudia en la Gramática castellana, no en *La Cría del Cerdo*.

* * *

Mas, dejemos á este prosista adocenado, y vamos á un poeta; poeta en prosa, pero poeta.

Enrique Sepúlveda.

Que empieza así un artículo:

«Enero es para nosotros el invierno».

Y para cualquiera; no crea que eso es una expresión. Enero es... parte del invierno en muchas leguas á la redonda.

* * *

«Enero es una veleidad del Zodíaco».

Pero, ¿cree Sepúlveda que tiene culpa el Zodíaco de que haga frío?

«...llenas las calles de lodo y de nieblas densas en servicio activo, (!) que *barnizan* de escarcha los bigotes de los hombres y dan jaqueca humoral á las mujeres»...

¡Basta, basta, niebla en servicio activo; que me siento mujer y me da la jaqueca humoral!

* * *

El obispo de Salamanca, el P. Cámara, que se hizo eminente predicando en cursi, y que se distingue por perseguir á los moros muertos con grandes lanzadas, es uno de los escritores peores de la Península, y uno de los apóstoles que menos tienen que ver con el Evangelio.

Opina que los soldados deben hoy (ahora que hay allí tiritos) vencer en Cuba, y que los misioneros deben ir mañana, es decir, en acabándose la guerra, cuando ya no haya tiritos.

Claro, el P. Cámara no teme que lo manden allá, como soldado; y estará dispuesto á ir de misionero... v. g. al arzobispado de Santiago, cuando aquello sea una balsa de aceite.

Y añade que después que venzan los soldados á los insurrectos, debemos llevar á los vencidos el Credo y el Decálogo.

L. KRAUS



Un duelo

¿Para qué? El Credo... ya lo tienen en la boca. Y el Decálogo dice aquello de *no matarás*.

Debemos llevarles eso... muy *pocas más leyes*, derivadas de nuestra antigua *legislación indiana*. De donde resulta que el Credo y el Decálogo son leyes derivadas de nuestra legislación indiana.

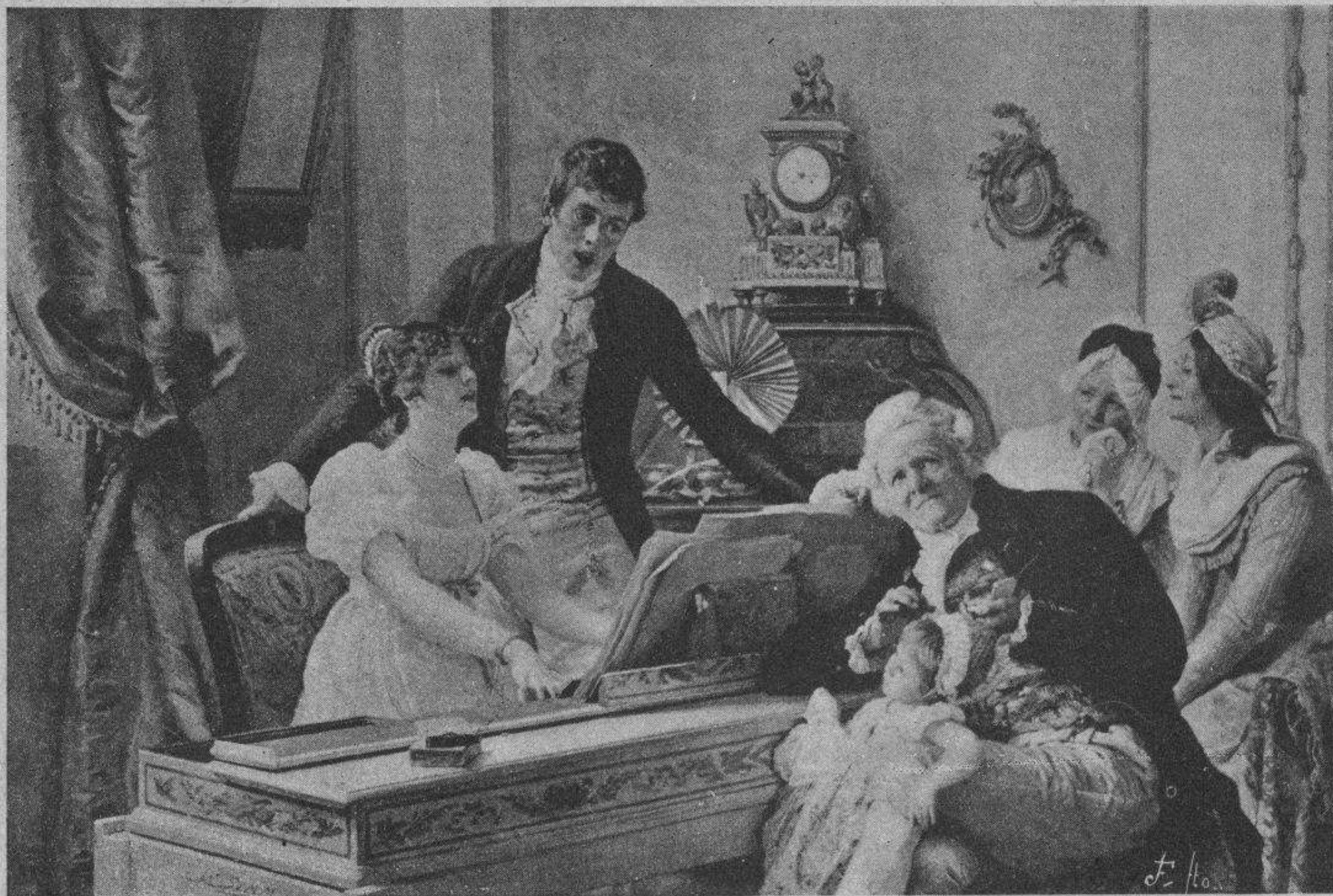
¡Vaya un modo de poner la pluma que tiene el P. Cámara!

«Esto es divino», dice.

Sí; divinamente cómico.

CLARÍN.

F. SIMM



Duo

Mi album de retratos

Don Indalecio

Cosa de medio siglo atrás, esto es, allá por los años de 1845 á 1848, había en la calle de *** , una de las más céntricas entonces de la antigua Barcelona, una tienda de *Pasamanería y modas de París*, según rezaba la inscripción, que en letras de carmín, sobre fondo verde obscuro, aparecía en la parte superior del frontispicio, debajo de los balconcitos del entresuelo y sobre los cristales de los escaparates.

Dada la época, el establecimiento podía pasar por un modelo de lujo y de novedad: hoy día resultaría modestísimo y hasta cursilón. ¡Han cambiado los tiempos de tal manera!... Pero entonces la tienda del señor Indalecio y de su consorte la señora Rosa, era de lo mejor que en su género encerraba la ciudad condal, y la buena sociedad, la rica burguesía, acudían á proveerse de los artículos que constituían la especialidad de tan acreditada casa.

Sus dueños pasaban, y con justicia, por ser espejo de honradez mercantil y de moralidad conyugal. El señor Indalecio era un hombre rayano en los veintiocho, de rostro afable, sonriente, muy pulcro en el vestir, muy cortés en sus modales, de una complacen-

Quien se hace de miel, moscas se lo comen ó historia de un gabán de Astrakán



Xandaro

cia infatigable para con sus parroquianos, cuyas chinchorrerías — y Dios sabe si hay parroquianos chinchas — no le arrancaban jamás ni un gesto de desagrado, ni una palabra de impaciencia. Y como él, era su dignísima cara mitad, á la que se veía constantemente tras el reluciente mostrador de caoba, revolviendo, con ágiles manos la balumba de cajas y de cartones, exhibiendo los primores de su mercancía á los compradores, teniendo para todos y cada uno de ellos, una sonrisa afectuosa, una frase halagadora. Y daba gusto el verla con su carita de pascuas, tan sencillita y tan aseada, con su vestido negro, respirando limpieza por todos sus poros.

Matrimonio más simpático no lo había en todo el comercio barcelonés; y era de ver como esa simpatía se traducía en metálico contante y sonante, que iba llenando de peseta en peseta los cajones de la tienda. La parroquia era cada día más compacta; ni el pasamanero, ni su mujer, ni los dos dependientes que habían tenido que tomar, bastaban ya para atender á la nube de compradores, que mañana, tarde y noche, atravesaban los dinteles del favorecido establecimiento; las ganancias aumentaban en proporción estupenda, y los dos felices esposos decíanse con frecuencia al hacer el balance cotidiano, tras una larga jornada de incesante labor:—Como esto dure algunos años más, podremos retirarnos del negocio con un buen capital y vivir tranquilamente de nuestras rentas.

He hablado poco ha de la moralidad conyugal de la honradísima pareja. Sería imposible imaginar una unión más perfecta que la que ofrecían aquellos dos seres, verdaderamente nacidos el uno para el otro. Llevaban ya ocho ó nueve años de casados, y parecían todavía atortolados en las dulzuras de una inacabable luna de miel. Jamás mediaba entre ellos una ligera disensión, ni empañaba el sereno azul de su cielo la más leve nubecilla. Entregados durante seis días de la semana á la ruda tarea que les imponía su comercio; trabajando afanosos desde las siete de la mañana á las diez de la noche, desquistábanse al llegar el domingo de aquella fructuosa esclavitud. Cerraban el establecimiento así que daba la una, comían descansadamente, vestían sus mejores ropitas, y cogidos del brazo, apoyada ella amorosamente en su marido, daban larguísimos paseos, si el día estaba bueno, ó se metían en un teatro,

CARAS BONITAS



CARAS BONITAS



si era el tiempo desapacible. Y durante aquellas horas de tierna expansión, revivían, los dos consortes, los felicísimos albores de su enlace; más enamorados que nunca, gozosos de su mutua posesión, ni por asomo se les hubiese ocurrido el liviano pensamiento de que ella pudiera fijar los ojos en otro hombre, ni de que él aspirara á otras caricias que no fuesen las de su mujer.

* * *

Creo que corrían los últimos días del año 1865, cuando el señor don Indalecio liquidó su comercio y traspasó su establecimiento, á pesar de la ligera resistencia que á ello había opuesto doña Rosita, á quien dolía en el alma abandonar las tareas que durante cerca de cinco lustros había desempeñado en el interior de aquella tienda, cuna de su fortuna y de su dicha.

Pero, como decía muy bien don Indalecio, bastante se había trabajado ya; y no era cuestión de pasarse toda la vida tras de un mostrador, y sufriendo las impertinencias de los parroquianos, sobre todo teniendo, como ellos tenían, un caudal más que suficiente para ir viviendo con holgura é independencia.

¡Ya lo creo que tenían!... Al proceder á la liquidación, don Indalecio y su esposa se miraron casi espantados. A tres millones y pico de reales ascendía su capital, engrosado, desde unos tres años acá, por una regular herencia de un pariente. ¡Tres millones! Esto es, la riqueza, la opulencia, para dos seres acostumbrados á una existencia modesta, decorosa, pero sin fausto, ni lujo alguno; el ahorro cotidiano é incesante, fruto del hábito adquirido y de la santa ley del trabajo, que, quitando ocasiones de despilfarro, acrecienta, naturalmente, el capital economizado.

Pero don Indalecio, que había pasado toda su vida trabajando, y se sentía en el apogeo de sus fuerzas físicas é intelectuales, no supo resignarse á la inactividad del hombre que aspira sólo al descanso. Movido por sus propios deseos y por los consejos de un amigo suyo, hostigado por esa sorda ambición del que sabiéndose rico, aspira á serlo mucho más, lanzóse primero tímidamente, luego con audacia, en especulaciones bursátiles, en compras y ventas de terrenos, y como el tiempo era propicio, á la vuelta de algunos diez ó doce años, había casi triplicado su capital.

Y entonces, díjose á sí mismo: Ahora, ¡já gozar!

* * *

No había cumplido todavía los sesenta; pero le faltaba poco: tres ó cuatro meses. Era un semianciano, bien conservado, de físico más bien diminuto, con pretensiones de elegancia y de buen tono.

¿Por qué fenómeno de los sentidos y del espíritu cambió aquel santo varón tan completamente de rumbo, hasta el punto de asombrar á sus contemporáneos con el ejemplo de una transformación radical?

Entre todos los vicios que están al alcance del hombre rico, eligió el que más opuesto parecía á su pasado entero, á sus costumbres inveteradas de marido casto; fiel, prendado de su mujer é incapaz de picardías conyugales. Don Indalecio, que había sido hasta los sesenta espejo de virtudes maritales, se echó á la mala vida, y con un entusiasmo, un frenesí incomprensibles, con la furia de un pecador arrepentido del bien, que quiere resarcirse á toda prisa de las pérdidas experimentadas en largos años de continencia y de recato.

Y desde aquel momento se le vió *enfaldarse* con el encarnizamiento de un adolescente, á quien acaban de soltar la brida. ¡Fué uno de los más asiduos concurrentes de *cafés-concerts*, de bastidores, de *boudoirs interlopes*, como dicen los franceses. Erigióse en protector rumboso y tímido de bailarinas italianas y de bailadoras andaluzas; de coristas y de chulapas; de señoras comprometidas y de menestralas que buscan una posición social. El marido de antaño, afectuoso y legal, convirtiéndose en esposo cerril, huyendo todo lo posible del tranquilo hogar; en tirano doméstico, á quien irritan las lágrimas silenciosas, el rostro adolorido de la consorte abandonada. Porque jamás la pobre doña Rosa tuvo una palabra de encono, una frase de reproche, para aquel hombre á quien veía volver á las altas horas de la noche, con el semblante ojeroso y pálido, alicaído el cuerpo por innobles fruiciones.

Y anteanoche, en uno de esos teatruchos en donde la lascivia pretende cubrirse con el pabellón del arte, pude ver todavía á don Indalecio, semidormido en una butaca. Don Indalecio, casi octogenario, encorvado, temblorosas las amarillentas manos; cubierto el cráneo con una peluca de negros rizos; teñido de ébano el bigote, cuya mancha oscura hacía resaltar el amoratamiento de sus labios y la lividez casi cadavérica de las arrugadas mejillas. Sonaron los primeros acordes de unas seguidillas, y una moza desenvuelta apareció sobre las tablas. Entonces don Indalecio entreabrió los ojos: unos ojos de besugo frito, que se animaron por un momento y se fijaron voraces sobre la *artista*, en tanto que de ambos extremos de la boca goteaba un hilito de saliva.....

JUAN BUSCÓN.

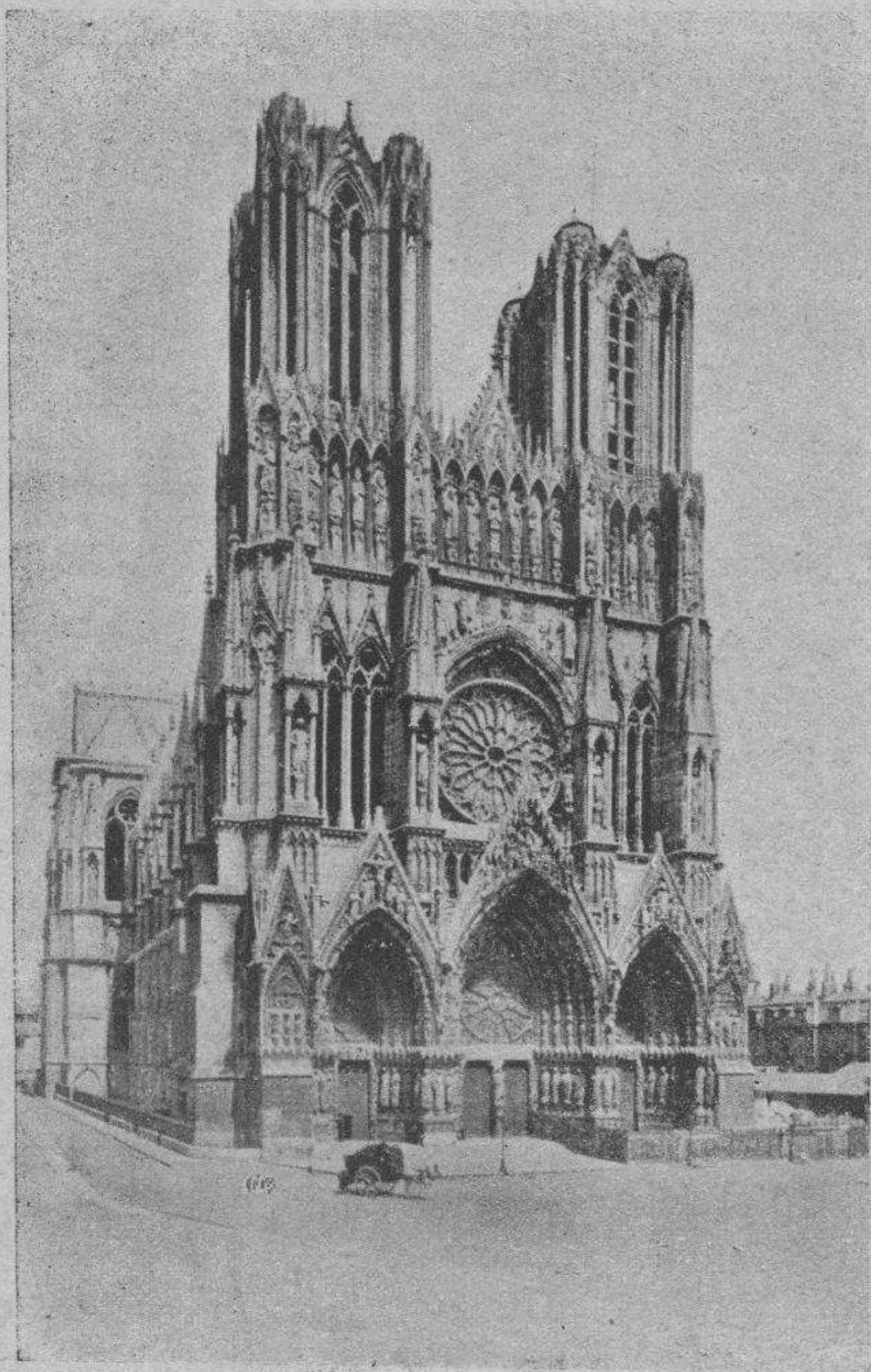
Ensueños

Eco sin voz que conduce
El huracán que se aleja,
Ola que vaga refleja
A la estrella que reluce;
Recuerdo que me seduce
Con ensueños de alegría;
Amorosa melodía
Vibrando de tierno llanto,
¿Qué dices á mi quebranto,
Qué me quieres, quién te envía?
Tiende su ala el pensamiento
Buscando una sombra amiga,
Y se rinde de fatiga
En los mares del tormento;
De pronto florido asiento
Ve que en la orilla aparece,
Y cuando ya desfallece
Y más se acerca y le alcanza,
Ve que su hermosa esperanza
Es nube que desaparece.
Rayo de sol que se adhiere
A una gota pasajera,
Que un punto luce hechicera
Y al tocar la sombra muere.
Dulce memoria que hiere

Con los recuerdos de un cielo,
Murmurios de un arroyuelo
Que en inaccesible hondura
Brinda al sediento frescura
Con imposible consuelo.
En inquietud, como el mar,
Y sin dejar de sufrir,
Ni es mi descanso dormir,
Ni me consuela llorar.
En vano quiero ocultar
Lo que el pecho infeliz siente;
Tras cada sueño aparente,
Tras cada mentida calma,
Hay más sombras en el alma,
Más arrugas en la frente.
Si vienen tras este empeño
En que tan doliente gimo
La esperanza de un arrimo
De un halago en un ensueño,
Si de mí no siendo dueño
Sonreír grato me veis,
Os ruego que recordéis
Que estoy de dolor rendido...
Pasad... dejadme dormido...
Pasad... ¡no me despertéis!

GUILLERMO PRIETO.

ALREDEDOR DEL MUNDO



REIMS. — Catedral



La nave y el coro de la Catedral de Reims

El mono

Confieso, señores, que me humilla convenir con Darwin en que yo pueda ser una derivación de aquel cuadrumano; pero cuanto más profundizo la cuestión, más me convengo de que la analogía entre ambos me obliga á formular este dilema: ó elevarlo á la categoría de prójimo mío, ó descender á la de su congénere.

Dejando á los naturalistas y á los fisiólogos que debatan científicamente la cuestión, yo voy á tratarla con la lógica contundente del sentido común.

¿Cuál es la propiedad característica del mono? La imitación. Pues á medida que entro en mí mismo y me estudio y descompongo los átomos de mi existencia, mayormente me confirmo en que desde mi más tierna edad yo no he venido procediendo sino por espíritu de imitación. Prueba al canto.

Nueve veces había ya visto aparecer á los reyes magos por el oriente de mi vida, con lo que dicho se está que aun contaba mis años por números dígitos, cuando me fumé el primer cigarrillo formal al que precedido habían sus avanzadas de anís y sus exploradores de *túnica de Cristo*. Lo adquirí merced á un cambalache de higos secos que hice con un muchacho de mi escuela, quien á pesar de no haber hecho sino traspasar el límite de su segundo lustro, era ya maestro en tragarse el humo y en devolverlo por las ventanillas de las narices. Aquella gimnasia respiratoria producía en mí un entusiasmo loco. Llegar á mi casa, encerrarme en el único sitio vedado á la inspección materna y encender mi pitillo con un fósforo de cartón, pues el chasquido del de cerilla hubiera podido venderme, obra fué de un breve instante.

Chupé, abrí la boca para aspirar aquella nube de humo y... yo creí que me ahogaba; la fuerza de la tos hinchaba las venas de mi frente, las lágrimas no me dejaban ver, y un sabor acre y nauseabundo se apoderó de mi paladar y de mi lengua, que yo rascaba con mis uñas como á caballo con almohaza. Insistí, sin embargo, y no obtuve resultado más satisfactorio. A la tercera tentativa ya las gotas de sudor producidas por el mareo me obligaron á salir de mi madriguera en demanda de auxilio. Mi madre, al verme pálido y descompuesto, se puso como todas las madres cuando se asustan; pero así que olido me hubo y confirmado sus sospechas con una revista de inspección al teatro de mi hazaña, donde aun se veían flotar algunos tenues vaporcillos, desnudóme con el doble objeto de meterme en la cama y propinarme á carne limpia una ración de azotes, que de buena gana hubiera yo cambiado por la de mis higos secos. Por supuesto, que me quedé sin cenar y que al otro día aun andaba yo haciendo eses por el cuarto.

Este fué mi estreno, y creo que haya sido el de todos los fumadores. — ¿Pues creen ustedes que escarmenté? Nada de eso; volví á la carga y seguí mareándome y encontrando el tabaco detestable y llevando azotainas, hasta que logré echar el humo por las narices, como mi condiscípulo, y crearme un vicio que me cuesta hoy muy buenos cuartos; pero á los once años ya fumaba yo de veras, aunque de ocultis, y me pavoneaba por la Universidad con un chicote de á tercia, diciéndome para mis adentros: — Yo soy un hombre — cuando no era más que un mono de imitación.

Yo apelo al testimonio de todos los que me lean. Vamos á ver: ¿qué necesidad de amar ni qué noción del amor puede tener un rapazuelo semejante? Ninguna; y sin embargo, ¿no es verdad que ustedes, como yo, al salir de la clase del primero de latín, pasábamos por determinada calle porque fulanita ó menganita

C. KIESEL



Rêverie



El emperador y la Emperatriz de Alemania

nos esperaba en el balcón con su muñeca en brazos y merendando pan y queso? ¡Vaya si lo han hecho ustedes! Por más señas, que si al revolver la esquina atisbábamos á la mamá, bajábamos la cabeza como un doctrino y aun nos guarecíamos debajo de las repisas de los balcones; operación que se trocaba en fuga vergonzosa, si en vez de cabeza con topo era nariz bigotuda la que se erguía sobre la balaustrada; por que el mono tiene miedo del hombre.

Lo grave es que crecemos imbuidos de este espíritu de imitación y concluimos por proceder símicamente en los actos más serios de la vida.

Tomemos un lance de honor:

Al pasar por una calle, A... pisa sin querer á un transeunte.

— ¡Bárbaro! — dice el paciente al callicida; — pues no se comprende pisotón sin protuberancias en los pies.

— Bárbaro, no — contesta el interpelado — y espero que retire usted esa palabra.

— Pues no la retiro.

Y las tarjetas se cambian, y A... corre en busca de dos padrinos que pidan á B... satisfacción de su afrenta. Todos están conformes en que de no haber retractación se necesita un duelo á muerte, pues el honor está de por medio; cuando por un sarcasmo del destino resulta que B... es el cocinero de uno de los padrinos que, montado á lo caballero, se permite usar tarjetas y todo; y se acabó; ya no hay duelo posible, so pena de cometer un desaguisado. El honor ofendido ya no es el honor ofendido, ó lo que es lo mismo, para la palabra bárbaro tiene una acepción el estrado y otra la cocina.

Y esto me recuerda un cuento que, por venir ajustado, voy á referir á ustedes.

Un médico ignorante, que por primera vez asistía á una epidemia colérica, no sabiendo cómo combatir la enfermedad, determinó hacer experiencias prácticas sobre sus propios clientes, y al efecto apuntaba en un libro de memorias los caracteres y los resultados del mal en sus enfermos. Cierta día llegó á casa de un sastre, á quien había desahuciado la víspera, y como lo encontrase convaleciente, preguntó con sorpresa á su mujer por qué medios había recobrado la salud su marido.

— Señor — le respondió ella — así que se fué usted se le ocurrió comerse una docena de sardinas asadas, y como le creí perdido, se lo consentí diciéndome: á Roma por todo. Y ya ve usted qué listo está, gracias á Dios.

Y al momento el Hipócrates escribió *sardinas* en su cartera.

Llamáronle acto continuo para asistir á un herrero que en la casa de junto acababa de ser atacado, y apenas le reconoció:

— Sardinas asadas — exclamó con profundo convencimiento...

— Pero, señor...

— Nada, nada. Una docenita y usted verá.

Al día siguiente volvió; pero el paciente había tenido á bien morir.

Entonces se puso un dedo en la frente, y, sacando su memorandum del bolsillo, escribió con mano segura:

MUSEO DEL LUXEMBURGO



CORMON.—Los vencedores de Salamina

— Sardinias asadas. Buenas para los sastres; malas para los herreros.

Dice el refrán: «¿A dónde va Torrente? A donde va la gente.» Y en efecto, así somos; hacemos lo que vemos hacer, sin tomarnos el trabajo de reflexionar si procedemos ó no con lógica, y poniéndonos muchas veces en contradicción con nosotros mismos.

Por ejemplo: un padre ve llegar á su chiquitín llorando y huyendo de un su amiguito que le acaba de propinar unos cuantos pescozones, y exclama indignado:

— ¡Cómo se entiende! ¡Cobarde! Los hombres no tienen miedo de nadie ni de nada. Si alguien te pega pégale tú también.

Y se queda tan satisfecho, diciendo para sí:

— Haré de él un valiente.

Llega la noche, y con ella los rezos y los preceptos morales; y entre otras máximas le repite aquella de:

Ad. HERING



Dulce secreto

— Si tu mejilla izquierda recibe un bofetón, pon la derecha para recibir otro.

Y sin considerar que el chico ha de quedarse fluctuando entre este consejo y el de por la mañana, se acuesta muy convencido de que es un gran padre y exclama:

— Haré de él un santo.

Y efectivamente, el chico sale agua con vino, que ni es vino ni es agua, siendo agua y vino; pero no importa, su padre ha hecho lo que vió hacer al suyo y todo va bien.

En fin, señores, yo creo que el espíritu de imitación falsea hasta las nociones de la virtud, y si no, fíjense ustedes en este detalle.

Por la mañana estamos de visita en casa de una amiga nuestra. De repente la señora da un grito, y, llevándose la mano á dos dedos por debajo de la clavícula, desaparece para volver á los pocos momentos.

— Dispénsenme ustedes — nos dice; — y gracias á la franqueza con que nos honra, sabemos por ella misma que la causa de su desaparición ha sido un arañazo que se ha inferido con un alfiler que llevaba prendido en el camisolín.

— Me ha hecho un rasguño atroz.

— ¿A ver? — exclamamos nosotros inocentemente.

Sus mejillas se tiñen de un rubor sonrosado, y, fingiendo no haber oído, da un sesgo á la conversación.

Por la noche nos encontramos en un baile.

—Miren ustedes la herida — nos dice ingenuamente levantando uno de los eslabones de brillantes de su collar. — Y entonces nos apercibimos de que desde el arañazo hasta el escote queda aún más distancia que la que media entre el rubor de la mañana y el *sans façons* de la noche, y nos convencemos de que una señora que observa las leyes del pudor estrictamente con el más íntimo de sus amigos, autoriza, por la sola razón de la costumbre, á decir al que la ve por vez primera en un baile:

— ¿Fulanita? Sí; la conozco á medias.

Porque lo notable es que tan convencida estaba de proceder bien recatándose en la visita, como exhibiéndose en el salón, pues en uno y otro caso imitaba lo que había visto, y así se ponía el rubor y se quitaba traje, sin conciencia de lo que hacía, como aquel aficionado á hacer comedias que, debiendo tomar parte en un drama, pidió á D. Julián Romea una armadura, protestando que la cuidaría mucho y que él

Ad. HERING



Triste confidencia

mismo se la devolvería al día siguiente de la representación. Así lo hizo en efecto, dándole mil gracias por su amabilidad; pero Romea, no pudiendo darse cuenta de lo que había presenciado, le dijo:

— ¡Hombre! Quisiera que me explicara usted una duda con que lucho.

— ¿Cuál?

— Yo estuve anoche en el teatrillo donde se ejecutó el drama en cuestión.

— Ya lo sé; y la Sociedad le queda á usted muy reconocida.

— Bien, insistió Romea; pero es que me quedé hasta el final, y ni le ví á usted ni á mi armadura. ¿No tomaba usted parte en la obra?

— Sí, señor.

— Pues entonces...

— Diré á usted... ¿Recuerda usted una voz que en el acto segundo dice desde dentro: «¡Alerta, alerta!» Pues ese era yo.

Allí donde dirigamos la vista encontraremos al hombre haciendo el simio. Se pone en moda la música clásica y vamos al teatro del Príncipe Alfonso, á admirar las matemáticas del contrapunto, gentes que apenas si sabemos en cuestión de armonía que dos por dos hacen cuatro.

Se nos muere un pariente que nos lega su fortuna y, aunque estemos más alegres que unas castañuelas,

nos arrimamos la correspondiente funda en el sombrero, para que vean los demás por su tamaño los grados que alcanza en nuestro sentimiento el termómetro de la gasa.

Porque los otros lo hacen, pasamos repentinamente de los calzones húsar, las levitas hasta los tobillos y el sombrero de anchas alas y copa cónica, al pantalón colán ó *collant*, que también lo sé escribir en francés, las casaquillas hasta donde el espinazo pierde su nombre y las flaneritas con un dedito de borde y remate de trabuco.

En fin, si á hacer deducciones fuera, sería el cuento de nunca acabar, y prefiero terminar con uno que sirva de síntesis á lo expuesto.

Dícese que un labrador rico, pero ignorante de las usanzas del gran mundo, fué elegido diputado. Llegó al Congreso, y como observase que todos sus colegas llevasen guantes y que la mayoría (no hablo de la que se sienta detrás del banco ministerial, sino de la numérica) tenían uno en la mano con el que jugueteaban mientras discutían, salió precipitadamente del cuerpo legislativo, y en el primer almacén que halló al paso entró pidiendo guantes. Calzóle un par la guantera, y, como viese pintada la extrañeza en el semblante de nuestro héroe, le preguntó:

- Se le ofrece á usted algo más.
- Claro está — dijo el interpelado; — espero el otro.
- ¿Qué otro?
- ¡Pues toma! El del *jugueteo*.

ENRIQUE GASPAR.

L. HERBO



Primavera

Vespertino

La tarde está muy triste,
Cual virgen desposada
La luna está velada
Pensando en Endimión;
Sólo en tu dulce piano
Despiértase el sonido,
Como esclavo dormido
Que llama su señor.
La idea, mariposa
De bullidoras alas,
Al peso de sus galas
Aduérmese en mi sién;

No sueñan los luceros,
Los vientos no palpitan,
Ni las flores meditan
Amando en el vergel.
Los pájaros del bosque
Sus cantos no modulan;
Los árboles no ondulan;
Bañados por la luz:
¿Por qué respira el alma
En lánguido desvelo?
¿Porque está triste el cielo
Y estás enferma tú!

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.



BAUDRY.—La verdad

Micifuz el de las botas

(CUENTOS PARA NIÑOS)

Un molinero dejó al morir por toda herencia á sus tres hijos, un molino, un jumento y un gato. Pronto se hicieron las particiones de este caudal, sin que fuera preciso para ello utilizar los servicios de procuradores ni escribanos. El mayor de los hijos se quedó

W. WOLFF



Coquetería

con el molino, el otro con el burro y el más pequeño le endosaron el gato. Al verse poseedor de tan pobrísimo lote, el infeliz se desconsolaba. — Mis hermanos — decía — podrán ganar su vida honradamente trabajando juntos con el burro y el molino; pero yo, ¿qué haré después de que me coma el gato y haga de su piel una gorra?

Micifuz (que tal era el nombre del animalito) oyó este discurso, y respondió con la mayor gravedad: — No se apure usted por tan poco, mi amo, que, ó pierdo el nombre que tengo, ó no ha de quedar usted descontento de su herencia, como me proporcione un talego y me mande hacer un par de botas para ir de caza por esos andurriales. — Aunque no inspiraron al hijo del molinero gran confianza las palabras del gato, tantas diabluras le había visto hacer para atrapar los ratones, entre ellas la de colgarse de las

patas ó fingirse el muerto entre la harina, que no desesperó de que tomase alguna determinación para socorrerle.

Así que el gato se vió con las botas y el talego, se calzó las unas, se echó el otro al hombro, y tomó el camino de cierto jaral donde había muchos conejos. Puso afrecho en el saco, le dejó abierto, con un lazo corredizo en la boca, y se tendió cuan largo era haciéndose el muerto, á esperar que algún incauto viniese á comer. No habían pasado cinco minutos cuando un conejo goloso entró en el talego como Pedro por su casa.

N. SICHEL



Juventud

Micifuz tiró de la cuerda, lo encerró dentro y lo mató sin misericordia. Contento y orgulloso con su presa, enderezó el paso al palacio del rey y solicitó hablarle. Introdujéronle en los salones de su majestad, y así que estuvo en su presencia, le hizo una profunda cortesía, y le dijo: — Aquí tiene vuestra majestad este conejo que el señor marqués de Carabas (este era el nombre que el gato daba á su amo) me ordena entregarle de su parte. — Dí á tu amo — respondió el rey — que aprecio mucho su regalo y que le doy por él infinitas gracias.

Otra vez se puso con su saco de acecho en un trigal: entraron dos perdices, tiró de la cuerda y las cogió. En seguida fué á llevárselas al rey, del mismo modo que le había llevado el conejo. Su majestad manifestó gran placer al recibirlas y ordenó que diesen al

mensajero un vaso de vino del más católico. Micifuz continuó por espacio de dos ó tres meses llevando al rey, de parte de su amo, conejos y perdices.

Un día, supo el gato que el soberano salía con su hija de paseo, hacia las márgenes del río. — Si usted quiere seguir mi consejo — dijo á su amo — cuente por hecha su fortuna: vaya usted á bañarse á la parte del río que yo le indique; lo demás corre de mi cuenta. El marqués de Carabas no comprendía las intenciones de Micifuz, pero le obedeció.

Mientras se bañaba, pasó el rey por allí, y el gato se puso á gritar con todas sus fuerzas: — ¡Socorro! ¡socorro! que el señor marqués de Carabas se ahoga. Al oír estas voces asomó el rey la cabeza por la ventanilla del coche, y reconociendo al gato que tantas veces había regalado su mesa, mandó á sus guardias que fuesen á prestar socorro al señor marqués. Mientras le sacaban del río, Micifuz se aproximó á la carroza y dijo al rey, que unos rateros habían robado á su amo la ropa sin hacer caso de gritos ni amenazas: el muy tuno la había escondido en un matorral. El rey ordenó en seguida á los oficiales de su guardia que fuesen á buscar uno de sus más hermosos trajes para el señor marqués de Carabas, al cual hicieron mil cumplidos, tanto el soberano como la princesa.

Como el joven molinero era un guapo mozo, los lujosos vestidos con que le habían ataviado realzaban su belleza; la princesa empezó por encontrarle muy simpático y acabó, apenas el marqués de Carabas entre respetuoso y tierno, la dirigió tres ó cuatro miradas, por enamorarse de él perdidamente. Su majestad le hizo subir al coche, y le rogó que le acompañase en su paseo. Micifuz, frotándose las uñas de placer al ver el buen éxito que

L. MAX-EHRIER



Liviana?

tenían sus proyectos, se adelantó á la comitiva decidido á continuar su obra. Encontró unos campesinos que segaban un prado, y les gritó: — ¡Eh, buenas gentes! si no decís al rey que el prado que estais segando pertenece al señor marqués de Carabas, ¡daos por muertos antes de una hora!

El rey, que era muy curioso, preguntó después á los segadores que de quién era aquel prado. — Es del señor marqués de Carabas, — respondieron en coro, acordándose de la amenaza del gato. — Tienes una hermosa propiedad, marqués, — dijo el rey. — Sí, señor, es un prado que produce muy buena renta.

Micifuz, que iba siempre delante de la comitiva, halló unas espigadoras cosechendo trigo y repitió: — ¡Eh! ¡buenas gentes! si no decís al rey que esta mies pertenece al señor marqués de Carabas, ¡daos por muertas antes de una hora!

Pasó luego por allí el rey, y deseoso de saber á quién pertenecían aquellos trigos, hizo á las espigadoras la misma pregunta que antes había hecho á los segadores. — Son del marqués de Carabas, — respondieron ellas. El rey volvió á complimentar al marqués.

El gato, siguiendo siempre delante de los coches, repetía la misma canción á cuantos labradores veía en el camino, y el monarca se admiraba cada vez más de las grandes riquezas del marqués. Micifuz llegó á un soberbio castillo, propiedad del ogro más opulento de todos los ogros, pues suyas eran las tierras por donde acababa de pasar el rey. Antes de entrar tuvo Micifuz cuidado de informarse de qué casta de pájaro era este ogro. En seguida solicitó hablarle, y le dijo que no había querido pasar cerca de tan rico personaje sin tener el gusto de ofrecerle sus respe-

tos. El dueño le recibió con amabilidad y le obligó á tomar asiento y á que descansase. — Me han asegurado — dijo el gato — que posee usted el don de transformarse en el animal que más le acomode, en un león ó en un elefante, por ejemplo. — Tan cierto es — respondió el ogro bruscamente, — que para demostrárselo voy á convertirme en león ahora mismo. Y asustado el gato al ver delante de sí á un leonazo con una soberbia melena, trepó hasta el alero del tejado, no sin pasar antes, por culpa de las botas, un grave apuro.

Vuelto el ogro á su natural figura, bajó Micifuz de las goteras y confesó que había sentido muchísimo miedo.

— También me han dicho, — continuó — pero yo no me atrevo á creerlo, que se

J. de WODZINSKI



Un concierto

transforma usted en el más pequeño animalillo, como por ejemplo, en un ratón. ¡Yo creo que eso es imposible!

— ¿Imposible? — repuso el ogro — juzgue usted por sí mismo. Y diciendo y haciendo, se convirtió en un ratón y se puso á corretear por el pavimento. Al verle de tal manera, se arrojó sobre él el gato y más listo que Cardona se lo zampó en seguida.

Llegó el rey frente al castillo y deseó visitarlo. Micifuz oyó el ruido del carruaje y se apresuró á bajar el puente levadizo.

— ¡Bien venido sea vuestra majestad, — exclamó — al castillo de mi amo el señor marqués!

— ¡Cómo! — preguntó el rey — ¿este castillo también es tuyo, marqués? — En mi

vida he visto cosa más hermosa que este patio y los edificios que le rodean. Veamos el interior.

El marqués dió la mano á la princesa y ambos entraron, precedidos del rey, en un gran salón donde había preparada una succulenta comida dispuesta por el ogro para seis ó siete amigotes, que no se atrevieron á entrar, al saber que el rey estaba allí.

Encantado el monarca de las dotes y riquezas del señor marqués de Carabas, le dijo,

LUDWIG PASSINI



Un salvamento

después de haberse echado al colete una botella de lo rancio: —¿Sabes, marqués, que no dejarías de convenirme para yerno?

El marqués hizo una profunda reverencia, aceptó el honor que el rey le dispensaba y en el mismo día se casó con la hermosa princesa.

Inútil parece añadir que el gato se convirtió en un gran personaje, y que no volvió á cazar ratones sino por afición y entretenimiento.

Ventajosa es la posición del que hereda cuantiosos bienes; pero de ordinario son á los jóvenes la industria y el trabajo más útiles que las herencias.

Cuando el hijo de un molinero gana con tanta facilidad el corazón de una princesa, es indudable que el aspecto y la juventud son condiciones bastantes para inspirar ternura.

PERRAULT.

Bajo las palmas

Morena por el sol de Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mía,
La rosa tropical de la montaña.

Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle;
En su pasión hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.

Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.

Me tiembla el corazón cuando la nombro,
Cuando sueño con ella me embeleso,
Y en cada flor con que su senda alfombró
Pusiera un alma como pongó un beso.

Allá en la soledad, entre las flores.
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.

Ella, la régia, la beldad altiva
Soñadora de castos embelesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.

Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas con alfombras
De eneldos y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.

Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo de musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.

Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha la potente lumbre
Del espléndido sol americano.

Y se oyen tronadores los torrentes,
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.

Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después... desmayan lánguidos los besos...
Y á la sombra quedamos de las plantas.

MANUEL M. FLORES.

F. FEHR



En el foyer



Desde el número próximo entra á formar parte de la redacción de LA SAETA el popular y distinguido literato D. CARLOS OSSORIO Y GALLARDO, que con tanto acierto é inteligencia ha dirigido hasta hace poco el semanario «Barcelona Cómica».

Damos por ello la enhorabuena á nuestros lectores y nos la damos á nosotros mismos.

—♦—

En una oficina:

El jefe.—¿Qué significa eso, Rodríguez? ¿Quién es aquí el jefe? ¿Lo es usted ó yo?

El empleado (melancólicamente).—Por desgracia, estoy demasiado persuadido de que no lo soy yo.

El jefe.—Pues si sabe usted que no es el jefe, ¿por qué dice usted tantas majaderías?

—♦—

—Diga usted, señor alcalde, ¿cuando estará obligado su hijo de usted al servicio militar?

—¡Tomal! Cuando tenga la edad.

—¡Hombre! ¿Todavía no tiene veinte años?

—No, señor; ni los tendrá mientras yo sea alcalde.

—♦—

En 1655 fué herido de un mosquetazo en la cabeza el valiente La Feuillade.

Al hacerle la primera cura, le decían los médicos que la herida era peligrosa, pues se le veían los sesos; y él, riendo, replicó:

—Pues coged unos poquitos y enseñádselos al cardenal Mazarino, que veinte veces me ha repetido que no los tengo.

—♦—

Diálogo:

—Pero, capitán; ¿no se ha casado usted con la rica heredera á que hacía usted el amor el año pasado?

—No, señor. La familia se opuso.

—Pero... ¿y la niña?

—La niña... también formaba parte de la familia.

—♦—

A la salida de una Exposición de pinturas:

—¿Qué te ha parecido mi cuadro?

—¡Magnífico! Es el único que puede verse.

—¡Adulador!

—Sí; porque no había nadie delante.

—♦—

España fué uno de los primeros reinos de Europa que fundaron el importante servicio de correos. Consta que los Reyes Católicos nombraron maestro mayor de hostes y postas de Granada á García de Ceballos.

Pocos años después, Felipe el Hermoso y la reina

doña Juana crearon también el oficio de maestro mayor de hostes, postas y correos de todos sus reinos en cabeza de Francisco de Tassis, cuyos sucesores siguieron desempeñándola.

Luego pasó á la casa de Oñate el oficio de Correo mayor; y por último fué incorporado á la Corona en 1716.

—♦—

DIÁLOGO

—Decirla á usted me precisa
Que no sé lo que me pasa
Con su vestido de rasa,
Digo, de raso.

—¡Ay, qué risal!

—Como usted me quiera, Anselma,
Nos casamos por ensalmo
Y no muere usted con palmo,
Digo, con palma.

—¡Ay, qué pelma!

—Al mirarme usted me mata,
Y si se fija un minuto,
Verá que el pecho me luto,
Digo, me late.

—¡Ay, qué lata!

—Vaya despacio, no corra,
Porque en casarme me aferro.
Por Dios, no sea usted perro,
Digo, perra!

—¡Basta, porra!

VICENTE RUBIO.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR

V. SUÁREZ CASAN *

PROPIETARIO

PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. —Barcelona